

Foro: JARA CARRILLO.
COLEGIO OFICIAL DE ARQUITECTOS DE MURCIA
Sobre la trayectoria económica regional

Jose Miguel Martínez Carrión
Catedrático de Historia Económica

Resulta difícil valorar la trayectoria regional sin adentrarse en lo sucedido durante los últimos tiempos. Tras un largo ciclo de intenso crecimiento económico entre 1995 y 2007, las economías murciana y española se adentraron en la mayor crisis económica de la era contemporánea. Acudiendo a un ejercicio empleado en mis clases -palabras clave que precisan contextos históricos y ejercitan de paso el uso del rico vocablo español entre el alumnado-, podemos valernos de palabras que comiencen por la 'S' y la 'R' para definir ambas coyunturas. Así, hemos pasado de una etapa de *Saturación* caracterizada por la sobreexplotación, la sobreproducción y el sobreconsumo; de sentirnos sobrepasados, superados, soberbios, satisfechos y hasta saturados; y de conocer asimismo el soborno, la seducción y el saqueo; a una etapa de *Recesión* caracterizada por los recortes y las reformas, la reestructuración y la reordenación, en la que prima y primará el rigor, la reflexión, la revisión, la renovación y la regeneración; en la que ya nos sentimos resignados, regañados, refrenados, recogidos y hasta retraídos; y quién sabe si finalmente resistiremos, reventaremos o nos rebelaremos, y definitivamente seremos refundados o rescatados.

Desde luego, no todo el mundo se ha visto envuelto en esos contextos, ni tiene por qué haber vivido esas situaciones o sensaciones que transmiten el juego de esos vocablos. Ha habido ganadores y perdederos como muestran los informes sobre la desigualdad social y la pobreza, que se han disparado en la última década. Pero estoy seguro que la mayoría de la población ha protagonizado esas vivencias o las han vivido en su entorno. En cualquier caso, precipitada por la crisis financiera mundial desde 2008, la Región de Murcia muestra hoy una complicada situación económica derivada de los excesos anteriores con dramáticas repercusiones en el ámbito familiar, empresarial, institucional y del conjunto de la Administración. De no haber mediado el avance del Estado del Bienestar tras la conquista de la democracia, la situación actual podría ser explosiva y desencadenar enormes conflictos sociales. Basta comprobar el brutal aumento del paro para darnos cuenta del abismo y la desesperación en que pueden encontrarse miles de empresas, familias y principalmente jóvenes. De un promedio de 7,6% de paro para la población total en 2007 se ha pasado a 26,8% en 2011, con tasas mayores para las mujeres que para los hombres. Entre los jóvenes de menos de 25 años el desempleo ya era alto en 2007 y pasó de 16,4, al 51,1% en el mismo tramo, con promedios superiores a los de la media nacional. Los responsables políticos y los expertos nos han anticipado unas previsiones poco halagüeñas para 2012 por lo que cabe esperar mayor desesperación y angustia para muchas familias y empresas dada la escasa capacidad de ahorro y los escasos recursos disponibles.

¿Está disolviendo la Gran Recesión de 2008-2012 los logros alcanzados en las últimas tres décadas? La respuesta requiere de mayor perspectiva temporal pues la segunda embestida de la crisis en las economías periféricas europeas, con España en el centro de atención durante las últimas semanas, puede provocar efectos demoledores en el bienestar de la población. Los expertos han debatido ampliamente su impacto, que ha sido devastador principalmente en los países de la Europa del sur, con una dimensión especial en zonas donde el sector inmobiliario cobró mayor empuje, caso de la economía española y la de la murciana en particular. Como este Foro abordara aspectos más centrales y detallados de la situación actual, corresponde ahora afrontar un debate sobre la trayectoria regional.

¿Por dónde empezar? Los historiadores subrayan que las sociedades están inmersas en continuos procesos de cambio cuya aceleración a escala regional se produce en las últimas cuatro décadas. Destacaré, por tanto, los rasgos de la economía murciana desde la década de 1970, justamente cuando se abrió con relativo éxito a escenarios más globales.

Todos participamos del alcance de los logros políticos y del progreso económico realizado desde la transición a la democracia. Contemplamos con orgullo los años en que dejamos atrás la dictadura franquista y consolidamos un proyecto democrático basado en libertades, y nos dotamos de un marco autonómico que permitió cohesión social y territorial y corrigió parte de los graves desequilibrios regionales. Sin embargo, no convendría olvidar las dificultades de aquellos años, con fuertes convulsiones internacionales, además de las tensiones políticas domésticas. Aunque el primer aumento del paro registrado estuvo en el origen de las crisis energéticas de los años 70, las reconversiones posteriores y demás corolarios catapultaron sus cotas del 5 a más del 20% solo entre 1975 y 1982, acompañadas de una inflación galopante.

Con la Unión Europea y el horizonte puesto en la Expo de Sevilla y los Juegos Olímpicos de Barcelona, el país y la región conocieron un nuevo ciclo de crecimiento económico -el más intenso de la era democrática-, donde pesó el componente especulativo de la construcción inmobiliaria. Entre 1985 y 1990, hubo un recalentamiento económico que desinfló la crisis de 1991-93, también internacional, y colocaron el paro en cifras superiores al 25% en 1994. La expansión urbana de la capital refleja a las claras el valor que exhibieron las viviendas residenciales entre 1988 y 1993: la '*milla de oro*', nombre que había recibido el nuevo ensanche de la Avenida Juan Carlos I en dirección a Espinardo, pasó a ser el '*valle de los caídos*', hasta que un nuevo ciclo de crecimiento instaurado en 1995 imprimió nuevos bríos al desarrollo regional. La economía murciana contempló de nuevo un espectacular protagonismo de la construcción, que precipitó cambios arrebatados en el paisaje rural y urbano. Con el renovado empuje del sector inmobiliario cambiaron parte de nuestros hábitos, decenas de miles de inmigrantes provenientes de otros continentes entraron al mercado de trabajo y el sector se sustentó en trabajadores poco cualificados y jóvenes que incluso abandonaron sus estudios atraídos por el dinero fácil y abundante. Es cierto que la fiebre constructora atrajo capitales y mano de obra, generó empleo y riqueza, pero también alteró el patrimonio natural, ocasionó graves daños ambientales y pulverizó la conformación de un modelo de desarrollo sostenible. Lo grave de este soberbio crecimiento que se instaló desde 1999 es que 'exportó' su peor comportamiento (la especulación) a otros sectores de la economía regional, que se vieron envueltos en prácticas poco éticas y discutidas al menos desde el ámbito de la responsabilidad social empresarial. Paralelamente, la sociedad desatendió parte de las buenas conductas, costumbres, hábitos y estilos de vida labrados durante generaciones y desterró de nuestra memoria la importancia de los ciclos y de las crisis, tan recurrentes en la historia económica. La burbuja puede que no sólo haya sido inmobiliaria.

El mundo que hemos perdido puede ser decisivo para el futuro. Además de valores y comportamientos que supusieron éxito para los negocios y una masa importante de pequeños y medianos empresarios, hemos dejado atrás sectores industriales que fueron auténticas señas de identidad regionales. En el pasado, la industria agroalimentaria, liderada por las conservas y el pimentón, tuvo un peso determinante en la cartera de exportación española junto a las ventas exteriores de alimentos en fresco (frutas y hortalizas) y envasados (zumos). Esta industria sigue siendo importante, pero su fortaleza se ha visto debilitada por el asedio de la construcción, un sector con escaso valor añadido y baja productividad. La industria conservera, de capitales familiares autóctonos y que aglutinó a más de 25.000 empleos a comienzos de los años setenta, ha mermado considerablemente. Ni siquiera cuando hicieron más perceptibles las ventajas de competitividad e internacionalización, tras la entrada en la Unión Europea, se aprovecharon las condiciones para la concentración empresarial y las economías de aglomeración. Parte de ella se evaporó y la otra restante quedó mayormente en manos de capitales extranjeros. Pero el conjunto agroalimentario mantiene pujanza y dinamismo exportador gracias a la diversificación, entre los que descuellan los vinos y otros subsectores innovadores. En la última década, la exportación -el mejor indicador económico- registró para el sector agroalimentario un crecimiento de 35%, pero disminuyó su participación de mercado en términos monetarios, de casi dos tercios a poco más de la mitad, cediendo paso a las ventas de productos energéticos. La cuestión es mantener la versatilidad de los sectores industriales, su ventaja competitiva en los mercados globales y no cesar en la innovación.

El sector que goza de ventajas comparativas en los mercados internacionales, favorables perspectivas empresariales y aumentos sostenidos de la productividad del trabajo es la agricultura. Desde 1986, destaca la modernización de sus estructuras productivas, pese a las limitaciones de los recursos hídricos y la fuerte competencia de los mercados emergentes. Mientras industria y agricultura han disminuido su cuota relativa en la riqueza y el empleo regionales desde 1970, en favor de los servicios y sobre todo de la construcción, es llamativo que la mayor eficiencia se produzca en los dos primeros sectores. Los servicios muestran una importante dimensión económica como corresponde a una sociedad avanzada pero requieren participación más eficiente en el uso de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, así como de las redes sociales.

En la historia de la Región se ha señalado la importancia que tienen las ventajas de localización derivadas de su clima y ubicación en el extremo sur de Europa, formidables al menos para el desarrollo de las industrias turística, logística y agroalimentaria. También el dinamismo y rejuvenecimiento demográfico constituye otra de sus fortalezas, sin despreciar el aporte migrante como riqueza cultural además de socioeconómica. Las recientes inversiones en infraestructura han mejorado las conexiones con los mercados y el territorio nacional. Pero entre las principales carencias sigue despuntando la escasa acumulación de capital humano. Este continúa siendo el principal escollo de nuestra verdadera riqueza regional, pues condiciona los salarios, la productividad y la competitividad. Las transformaciones económicas y de todo tipo han hecho que seamos más ricos, más cultos, más altos y más longevos que hace 40 años y mucho más que hace un siglo. Sin embargo, apenas han servido para mejorar nuestra posición relativa, que sigue como estaba hace cuatro décadas. Tras varios ciclos de intenso crecimiento económico por encima de la media española desde 1985, la renta media de la población murciana persiste en torno al 85% de la renta media española. De modo secular seguimos en el furgón de cola, junto a los castellanos-manchegos, andaluces y extremeños. ¿Qué no tiene el Sur que tiene en Norte?